III Domingo de Pascua (18-04-21)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
Transcripción

Hermanos y hermanas, hoy día el Evangelio nos muestra otra situación en donde los discípulos encuentran a Jesús gracias a que Él quiere aparecerse. Ya se había aparecido a dos discípulos que iban de camino a Emaús y ellos vienen a contarles la experiencia. Qué importante es en nuestras vidas contarnos nuestras experiencias, decir todo lo que sufrimos, todo lo que anhelamos, todo lo grande también que ocurre en medio de la desdicha, como por ejemplo, que varios de nuestros parientes no hayan muerto sino hayan sobrevivido a la pandemia, pero también nos contamos nuestras tristezas.

Ellos están hablando y Jesús quiere alentar a sus discípulos, y por eso, Jesús se presenta en medio de ellos y les dice: “Paz a ustedes”. Sabe que están inquietos por alguna razón, sabe, que probablemente, lo que estaban contando los discípulos, que lo habían visto antes, podrían los otros no creerlo. Y dice que, cuando les dijo: “Paz a ustedes”, estaban llenos de miedo por la sorpresa y creían ver un fantasma. Esto es sumamente importante, porque a las buenas noticias, nosotros, a veces, respondemos según el clima donde estemos, con miedo y con prefiguraciones fantásticas que a veces encubren la verdadera realidad de lo que acontece.

Nosotros también, hoy día, en nuestro país, estamos asustados, estamos con muchas dudas en nuestro interior, estamos como en otra versión de la traducción de este texto “aterrorizados”. Y es que tanto pasamos sufrimientos tan grandes, como también entramos en situaciones en que podemos hacernos daño los unos a los otros, y por eso, el Señor viene en nuestra ayuda.

Cada vez que estamos asustados y surgen dudas entre nosotros, hemos de hacer caso a Jesús y mirar sus manos y sus pies. Mirar y palpar, y darnos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos como Él los tiene. Es decir, nos invita a ver nuestras heridas en medio de la confusión y el susto, para de esas heridas,

profundizando en ellas, veamos las heridas de Jesús y miremos que está resucitando, que ha resucitado y que también resucita en medio de nosotros.

Esto es una operación muy difícil de hacer en nosotros, porque normalmente le huimos a las heridas. En el caso de nuestro país, tenemos una 'grieta' enorme. Hace poco una gran historiadora ha escrito un libro que se llama 'La República agrietada', en donde reúne todas sus reflexiones sobre lo que ha pasado en este año y meses de pandemia, en donde han salido las cosas más terribles de nuestra existencia y donde nuestros dolores se cuentan. También otros han escrito textos que recopilan nuestra experiencia, qué importante es eso, son intentos de que 'veamos' dentro de la grieta, dentro del sepulcro, para encontrar la Resurrección, porque ahí están escondidas las causas, los problemas, los intereses, las ambiciones, las locuras, las pasiones, las ideologías y las cosas también que escondemos y que no queremos aceptar.

Por eso el Señor quiere que las veamos cara a cara, que entremos en ellas, porque Él es el herido resucitado, porque Él es el 'agrietado' resucitado. Y estamos todos llamados a mirar la grieta para encontrar caminos de solución, porque la grieta nos ayuda a tomar en serio las cosas y no vivir en la frivolidad como de hecho ocurre, porque dice aquí que "les mostró las manos y los pies y como no acababan de creer por la alegría y el asombro", o sea, se habían alegrado, pero se habían alegrado inmediatamente, superficialmente. Y el Señor les dice: "Vamos a hacer algo nuevo", les pregunta: "¿Tienen algo de comer?". Para que entren en la grieta reconociendo los problemas que hay, también el Señor hoy día, en nuestra grieta nacional, nos habla desde las heridas de las personas que se encuentran en los Andes, en la Selva, en nuestros pueblos jóvenes. Y su herida nos llama a verla, y a restañar completa y profundamente esa herida nacional a través de nuestra actitud de reconocimiento de nuestras faltas y horrores.

Por eso, el Señor también, hoy día, en el nombre de todas esas personas que no tienen qué comer, nos dice: "¿Tienen algo de comer?". Ellas, hoy día, nos interpelan y es Jesús quien nos llama y nos interpela en sus voces. El Jesús Resucitado que todavía está

hambriento porque sufre con los hambrientos y nos conduce a la esperanza de superar el hambre, la miseria, la injusticia y los dolores de marginación que tantos peruanos descartados sufren. Pero llama, justamente, a reconocer hondamente, a entrar en esa herida para restañar nuestra propia herida y nuestros propios pecados.

Ellos le ofrecieron un trozo de pescado, lo tomó y comió delante de ellos. ¿Y qué hace Jesús? Les dice: “Se están cumpliendo las escrituras”, es decir, se está cumpliendo la promesa que hizo el Padre de que bendeciría a las naciones y de que la muerte no sería la última palabra de los acontecimientos y de la vida que vivimos.

Cuando vivimos una tragedia o nos ponemos enormemente pesimistas o nos hacemos de la ‘vista gorda’ y hacemos una felicidad falsa, frívola, tonta, el Señor nos pide que asumamos la herida para encontrar que allí está resucitando Él, y así nosotros podemos resucitar, y así se cumple la promesa del Padre que Abraham le había dicho -que ha sido mencionado en la Primera Lectura (Hechos de los Apóstoles 3, 13-15.17-19)- a nuestro padre Abraham, el Dios de nuestros padres, había prometido la bendición a los pueblos. Y la bendición de Dios está presente y quiere la bendición de todos que es la felicidad de todos, pero ciertamente, entrando en lo profundo. No es una felicidad fácil, no es una bendición fácil, no es agua bendita sobre la gente solamente, es recrearnos como pueblo, renacer como pueblo. Y por eso, también, el Señor cuando dice que era la promesa que se cumple con la Resurrección y la Vida, pero mirando las heridas, también nos está diciendo que la promesa peruana de ser un país de hermanos se va a cumplir si estamos dispuestos a ser realmente hermanos y renunciar a nuestras propias ambiciones.

Y desgraciadamente, en el último tiempo, hemos vivido unos días terribles de frivolidad, de peleas, de riñas, de mentiras, que no hacen bien a nadie, y hemos llegado a una situación extrema en ese momento. ¿Cómo nos libraremos de la situación extrema? Por lo menos sigamos el camino de Jesús, reconozcamos la herida nacional, la grieta nacional y tratemos de ver cómo el Señor está

resucitando, especialmente cuando hay un clamor tan grande por parte de nuestro pueblo: “¿Tienen algo de comer?”.

En estos días, a partir de mañana, durante cinco semanas, Cáritas Lima junto a Radio Programas del Peru (RPP), han organizado una campaña para que todos, solidariamente, nos movilicemos otra vez. Las “ollas del Perú” reclaman que las llenemos, y por favor, estén atentos a la página web, estén atentos mañana a las 11:30 am., porque queremos responder al Señor. El Señor desde los pobres de nuestro país, desde las mujeres que trabajan diariamente, nos piden: “¿Tienen algo de comer?”. Y deben encontrarnos a nosotros disponibles para compartir lo que tenemos.

Por eso, hermanos y hermanas, el Señor nos dice que solamente así, cuando se cumple la promesa, cuando se cumplen las escrituras que, a través del sufrimiento y de la muerte solidaria que Él tuvo puede venir la Resurrección, también se podrá anunciar a todos los pueblos que es posible la salvación, es posible la conversión y el perdón de todos los pecados comenzando de Jerusalén.

Y al final Jesús les dice a sus discípulos: “Ustedes son testigos de esto”. Ser cristiano es ser testigo, y ser testigo es reconocer las heridas que tenemos y rectificar, rectificar los caminos que hemos recorrido. Si yo soy un violento, tengo que renunciar a la violencia. Si yo soy encerrado y vivo empecinado, sea que sea personalmente o socialmente, tengo que cambiar. Y si yo tengo que responder a las exigencias de la justicia, tengo que enfrentar el problema y no evadir.

Y por eso, hermanos y hermanas, es un gran día porque así se es testigo, aceptando la verdad que está escondida en nuestras vidas, la miseria que tenemos, aceptaremos también la esperanza de poder ser reparados por el Señor que nos ama.

Que este Señor, en este Tercer Domingo de Pascua, nos ayude a renacer y a pasar de la muerte a la vida, esperando hondamente en que aquello que nos invita a hacer, nos pueda conducir por sus caminos.